

Peter Verhelst

Original title and publisher

Koor: een keuze uit de poëzie (1987-2017) (De Bezige Bij, 2017)

Translation Dutch into Spanish

Translator Micaela van Muylem

© Peter Verhelst/Micaela van Muylem /De Bezige Bij/Flanders Literature – this text cannot be copied nor made public by means of (digital) print, copy, internet or in any other way without prior consent from the rights holders.

A favor del olvido

Mientras no olvidemos, nada puede perderse.

Olvidemos entonces, pero sólo
así como al hablar podemos disolver algo lentísimo –ahí
¿lo ves, lo alcanzás a ver, apenas, a contraluz?

Así como existe un silencio que es a la vez una forma de canto
que es una forma de sostener, de sostener un cuerpo
que, atravesándonos, como si cayera muy lento, quizá
es ese el cuerpo que desea ser sostenido como una copa de vino, cantando,
callando, que lo alcemos en el aire
para que sea cada vez más ligero –ahí ¿lo ves, aún lo ves, apenas,
a contraluz?

Mientras no olvidemos que no puede perderse algo, nada, de nosotros, por fin
los colores que refracta nos llevan de regreso a casa

Lo que nos llevó

lo que nos llevó a vestirnos
dejar la llave en la cerradura cuando salimos a la calle
quizá el pensar en otro cuarto en el que alguien
en ese mismo instante se vistió cerró la puerta al salir
pensar que esa persona entraría luego en una habitación desconocida y allí
se acomodaría tranquila delante de la cama mientras la otra entraba en una habitación
desconocida
Se tendía en la cama e intentaba imaginarse el cuerpo
intentaba pensar una boca
la cuestión no era si eso ocurriría sino cuándo
quién sería el primero sería yo
quien subiera las escaleras y entrara en una habitación extraña
pero que día tras día se había hecho mía
el lugar al que llegás por la noche y te sacás la ropa sin pensar en nada
y después te tendés en la cama con cuidado para no arrugar ese otro cuerpo

un brazo rodea la cabeza una mano descansa en el vientre
o es ella quien abre la puerta y se acomoda en la cama
será posible que ahora esté recostada mirándome con una sonrisa
que yo me acomode a su lado y que ella me rodee la cabeza con el brazo
que yo le pose la mano en el pecho y que alguien, ella o yo se levante de la cama
se ponga la ropa y se pare en la puerta
como si todo hubiera querido ser en vano o apropiado
estamos juntos
es bueno estar tan juntos en la oscuridad
si no lo hubiéramos imaginado, a nadie se le habría ocurrido
que una noche estaríamos tan juntos
que ya no habría diferencia entre mi hombro y ese otro
entre mi pierna y el pie que sube por mi pierna
saber que ese era el plan
la espalda desnuda temblando en la mañana
porque un día será cierto
que la habitación esté llena que ya nada o nadie sea capaz
de acercarse siquiera a la puerta
alguien entra en la habitación y se desnuda
los brazos colgando como dos cirios
la columna vertebral, una soga trenzada
alzando los huesos de la mano para cubrirse de la luz
se vuelve a vestir no ha hablado
de pie, en un cuarto cualquiera pensando en otra habitación
canturrea

Malaria

Rebosante hasta los labios, hasta las pestañas, la nariz, la campanilla, la oreja, el sacro, el hioides, la columna vertebral, la axila, el trasero, el talón de aquiles, el poplíteo. Las antorchas que somos. Lo suave y blando de otro cuerpo. Lo caliente y húmedo detrás de la lengua y detrás del martilleo del corazón, y el labio superior sudado y el interior de la boca y la garganta y más adentro. Más allá de la lengua de piel y mucosa, y más allá de la lengua de labios y garganta, más adentro, la boca que se cierra sobre nosotros y las piernas rodeándonos con fuerza la cintura, y lo que se pega a nosotros y se restriega y se sigue extendiendo en nosotros y por encima, aquello aceitado, jadeante, que se engancha, lame, cecea, boquea, muerde.

Los cantos de la sangre desbocada, las incoherencias de los suspiros más profundos y la cabeza que se echa atrás la espalda que se arquea y el cuello que se tensa y el latido en la garganta y en las muñecas y el sexo y los febriles temblores, los temblores descontrolados, la ardiente malaria y los pies que se rebelan y las caderas que se alzan y la pelvis que se ladea y las extremidades que se prenden y empiezan a moverse el silencio infinito, flor inmóvil, polícroma, de la malaria.

Quedate (¿ya sabés?)

¿a quién querés parecerme cuando te encuentren?

Estás junto a un auto en una colina y no hay milagro.

Perdés esto

Y perdés también aquello –acaso tiene un nombre cuando se te entrega–,
los brazos rodeándote el cuello, sus talones en tu espalda: de par en par,
fue ese el milagro, que le gustara tanto perderse por completo.

Corrés por la hierba alta como si entraras en el mar.

Al irte te darás vuelta una única vez
y tus ojos dan luz.

Atravesás los abedules

En dirección a lo que reluce.

En el aire, algo quedo canta

que un tiempo así nunca regresa.

¿Qué viste estando allí?

Está bien. Flota sobre el junco

Y está bien

mirar el resplandor.

Quedate (no esperaba verte aquí)

Vení, sentate acá conmigo.

El movimiento de tus dedos que se restriegan.

Nunca antes le conté a nadie cómo... de pequeño...

Siempre andábamos buscando otras cosas pequeñas

Que anulen aquellas pequeñas que duelen. Lo más frágil.

Tus uñas brillan como si alguien se las hubiera metido en la boca.

Nos hubiera gustado tanto ser una flor,

un avioncito, una garza. Algo cálido.

Intentaríamos todo.

En el momento exacto en que creías saber cómo usar algo, se rompe.

Quedate (¿se puede así, sin más?)

Un día me aparté del camino, una huella que se extendía interminable
y cuando el coche no pudo seguir me bajé y vi delante
una llanura infinita en la que no crecía nada, nada de nada.

Tiene que haber habido un mar acá.

Estás de espaldas con la cabeza gacha y te quitás un mechón de la cara como si estuvieras llorando,
pero acá estamos a salvo.

Fue... no sé...

Por un instante creí ver todavía el reflejo del mar.

Es tan difícil recordarte con ternura las cosas tiernas.

Quedate (llanura de nada)

Por más intenso que sea –no es necesario que hablemos si no querés–

doblás el viento entre los dedos y formás un avioncito que se aleja eternamente
que nos permite ver otro espacio y otro tiempo

en que, sentada en una roca, estás mirando
como si recordaras un lugar en el que por fin podrías quedarte.
Vemos

que ya no te movés más. De verdad no hay nada en la llanura.
Como una rosa del desierto, así crece
capa tras capa el silencio – cuando tocás algo, se levanta el polvo–.

Detrás de tu cabeza el viento forma una antorcha con tu cabello.

Es difícil acercarse.

Ladeás la pelvis, te inclinás sobre tu propia mano.
Restregás pulgar e índice para descubrir qué es
lo brillante. Para mostrarme lo que es. Como un hilito de saliva.

Sentimos que nos acercamos tanto
que podría habernos rozado.

Quedate (hay suficiente)

Estoy bien. Hay suficiente para un par de meses.

Fumamos un último cigarrillo
ahora que por fin la noche templada y cubierta de estrellas y con tu índice
hacés tintinear los hielos en el vaso.

¿Y si nos acostamos una última vez en el césped? ¿Te acordás?

¿Qué pensaste la primera vez que me viste?

Una ternura tan increíble anoche.

Yo pensé. ¿Cómo sonreiré? ¿Cómo será cuando se le enturbien los ojos? Pensé yo.
Qué delgada – casi azul– la piel sobre sus ojos. Y se enturbiaron

tal como quise. Tantas estrellas.

De tantas estrellas. Tu rostro, de la mera posibilidad ya
arde en llamas.

Quedate (me alegra que vos)

Hemos abandonado todo, por primera vez en mucho tiempo sentimos algo,
vamos a nadar en la llanura, sí, zambullámonos
y después te acostás de espaldas sobre una roca con los ojos abiertos de par en par.

Pensé, fue más fuerte que yo, qué pasa si no,
qué pasa si nadie de otro tiempo o espacio, qué pasa si despierto
y me doy cuenta de que vos ya no, ¿qué pasa si al final nada?

Como si te hundieras en un lago, flotás de espalda, de par en par. Movés los dedos.

No puede ser que esto...

Movés los dedos. Estás acostada en el fondo y de tu boca sale, desde lo más profundo te aflora,
muy lento.

Pensé, no pude evitarlo, ojalá ella nunca... Ojalá yo alguna vez

me convierta en alguna cosa que quieras. De lo más profundo te aflora de las comisuras de los
ojos y de las comisuras de los labios y de la parte baja de tu espalda,
de tu vientre. Movés las yemas de los dedos. Tus ojos turbios.

¿Podrías seguir siempre así, con esos ojos turbios?
Y esos dedos.

Mirás, recostada sobre los codos, de par en par, sonriendo, seguí mirando así,
Como si vieras salir de la crisálida (aún húmeda) la mariposa.

Contra el olvido

No cómo eras, cómo reclinada hacia atrás sobre los codos,
tan pálida eras
cómo mirábamos –no olvidemos–
no el desplegarse suspirando –no olvidemos nunca–
no cómo podría haber sido, cómo querríamos haber sido.

Aquello que de nosotros se ha perdido.
Quién de nosotros se perdió.
Recordémonos así
antes de que los recuerdos nos hagan algo a nosotros.

Mirémonos, reclinados hacia atrás sobre los codos,
un destello en la espera, un suspiro apenas perceptible, hasta que
nos disolvamos en la caída de la oscuridad.

El eco de tu suspiro.

El eco del eco de tu suspiro

Callar

Podría haber sido, un perro que tras salir del agua
se sacudió las gotas del pelaje,

pero frágiles, casi traslúcidos estamos
juntos, recostados bajo el primer sol.
Me callo el: 'no sabía que se me notaba tanto,'
'En los ojos,' te callás vos 'se te ve en los ojos.'
Los brazos detrás de la cabeza, tus axilas y pechos blancos.

Lo callarás, con esos ojos increíblemente somnolientos,
incorporándote un poco, reclinada en los codos, alzando
la pelvis me callás encima.

Incluso ahora, acá recostados
todavía nos llega a las caderas el agua
resplandeciendo entre nosotros como un espejo que estalla.

Incluso en el agua
nos derretimos en la arena, dos cuerpos de cristal
con brazos que confluyen.

Nos hacemos un ovillo, compacto.
Por primera vez pensamos en llegar a ser
algo esencial

¿Te acordás?

Te acordás cuando en puntas de pie, parecía el borde
de una montaña, esa vez que exultantes, un segundo,
no más, nos asomamos algunos milímetros al borde, nunca antes
de ese inmortal, único, increíble estremecimiento
Que después quizá ni siquiera, esa única llama
Que se encendió en nosotros, dijimos, o que podríamos haber sido, pensamos,
Sin aliento, ese segundo que parecía eterno, es baile, ese júbilo,
Y apenas un segundo después, cómo es posible, pensamos, y que nunca
Antes tan plenos, cómo supimos que desde entonces cada segundo que pasaba, te acordás
Cómo decíamos a veces, que sabíamos que nunca más, que siempre
Lo recordaríamos cómo la mecha de ahora en más, avanzando, avanzando irrevocable
Cada milímetro un milímetro más cerca de esa otra, la llama absoluta
que desde ahora nos consume de una manera
absolutamente diferente.

No pasa nada

No pasa nada
como si ya todo hubiera quedado atrás
sólo la calma
hasta que incluso el recuerdo de la calma se olvida
y cómo eso sucede con una sonrisa radiante
hasta que al final también esa sonrisa
lentamente
muy lentamente

Y

Cómo podemos decir que esto es despertar en un mundo
que al parecer sólo existe todavía porque desaparece y nosotros
porque nos rastreamos nosotros nos detectamos nosotros,
corriendo como poseídos en otra dirección, blanquísimos
basiliscos corriendo sobre el agua, pero

cada huella se borra
pasan cosas flotando
y cuerpos con tiras de plástico y ramas
y coches
y

todo se agolpa y flota y se arremolina en todo
danza un deviche
y

miranos encaramados a los muros ¿cuánto demoraremos
en decirle casa a este acucillarse,
encaramados, rezumado, jadeando, callando?

Desde los techos contemplamos la creciente,
y apenas unos segundos, en el remolino
un ojo enfurecido, unos segundos algo por fin
nos mira.

Pero igual

hay árboles que han logrado sobrevivir al agua

por echar cristalinas
raicillas a la altura de los ojos,

Escuchamos la proliferación de sus copas

—de cantos como estos se dice
que son capaces
de enardecernos,
alguna vez—.

Aunque.

Quizá no sea el canto la causa por la que estamos
aquí en los techos
quizá que estamos aquí y la boca ya
adopte esa forma.

Algunos cayeron,
pero la mayoría saltó de los techos.
Ese fue su canto.

Pero igual.

Al menor suspiro, las copas de los árboles se dan vuelta
como si nos preguntaran algo.
Nosotros nos damos vuelta como si respondiéramos algo.
El suspiro y susurro que nos envuelven, una nueva forma
de canto. Como un coro de mosquitos. Canta. Canta.